

ORACIÓN LAICA POR JOSÉ PEDRO BARRÁN¹

Gerardo Caetano

Son estas las palabras más difíciles que me ha tocado decir, aquellas que nunca hubiera querido pronunciar. Tengo la pesada carga de hablar en nombre de los deudos de José Pedro, que somos tantos, como enormes son las deudas que tenemos frente a él, frente a la generosidad sin par de su largo trajinar y de sus legados múltiples.

Ha muerto un gigante. La república toda tiene que detenerse para pensar, para mirar en forma profunda hacia adentro, para que así podamos sacar todos lo mejor de nosotros mismos. Como tantas veces nos enseñó, ante la tristeza sin consuelo que nos provoca su muerte, se trata de bucear en nuestra interioridad en procura de reunir nuestros trazos privados y públicos, sin escisiones, para encontrar paz, calar hondo y descubrir las fuerzas y la sabiduría que nos permitan continuar.

Tengo sobre mí el recuerdo imborrable del José Pedro de los últimos tiempos y, en especial, el de los últimos días. Me conmueven las imágenes de su gallardía frente a la enfermedad, la resistencia de su generosidad, su sensibilidad “a flor de piel” que violentaba un poco su pudor, la fuerza de su amistad que lo llevaba a vencer todos los obstáculos para darnos su mejor versión en los momentos más difíciles, hasta la última vez, hasta el último día. Fue la manera que encontró de despedirse de nosotros: ingresar del modo más radical en su propia interioridad para darnos a todos y a cada uno, a su familia y a sus amigos, a sus alumnos y a sus lectores, el eco del amor, de la pasión, de ese “amor-pasión” wagneriano que tanto lo emocionaba. Pudimos ver con satisfacción sus últimas alegrías, su amor constante por Alicia y Pedro, el impulso de su último sueño de viajar con ellos para escuchar y compartir la música, ese otro amor que tanto quería. Pudimos aquilatar nuevamente su enorme humildad al recibir los muy importantes premios y reconocimientos que se le otorgaron en este último tiempo. También fuimos testigos rebeldes ante sus dificultades económicas, los problemas cotidianos que le generaban los gastos de la enfermedad que desbordaban su jubilación tan menguada, luego de cincuenta y ocho años de trabajo y de tantos aportes a la cultura y a la sociedad uruguayas. Pudimos también cono-

¹ Palabras pronunciadas en el paraninfo de la Universidad de la República, en la mañana del 12 de setiembre de 2009, en ocasión del homenaje de despedida de los restos de José Pedro Barrán, fallecido el día anterior.

cer y acompañar sus padecimientos físicos, la conciencia plena sobre su muerte inminente, sus ojos tristes mirando lejos, pesando el pasado, haciendo balances, con mucha sobriedad, con entereza.

En todas sus últimas presentaciones hablaba una y otra vez de sus padres, y también nunca dejó de invocar a quien reconocía como su maestro, Juan Pivel Devoto, su admirado maestro, nuestro admirado Pivel Devoto. Desde la gratitud del alumno que nunca olvida y que mantiene la lealtad de sus afectos y de su agradecimiento por encima de todo circunstancia, finalmente obtuvo el objetivo que siempre se propuso, en especial ante auditorios recelosos: lograr que las nuevas generaciones de historiadores no olvidaran a Pivel, transmitir sus enseñanzas de generación en generación, no como ancla sino como tradición inspiradora. Fue así que José Pedro supo proyectar el legado de Pivel mejor que nadie. Estoy seguro de que sentiría mucho orgullo al escucharlo y al saberlo.

Y esta gratitud permanente y hasta rebelde hacia su maestro nos habla mucho sobre la profundidad de su propio magisterio. En los últimos tiempos se permitía hablar frente a sus amigos de sus recuerdos y de sus obsesiones más íntimas. “La Historia es también la historia de lo que no fue”, nos recordaba con ese decir maravilloso al recibir el *Gran Premio a la Labor Intelectual* en el Teatro Solís hace poco más de un mes. Y al fundar su aseveración, se atrevía a traspasar su pudor y su timidez para reconocer la mirada de su padre en su propia mirada, recreada en el magnífico retrato que le hiciera Anhele Hernández. Y así nos podía regalar una vez más, pero con una profundidad inédita, esa nota tan característica de su forma de vivir y de pensar: su “*atisbar*” –ese verbo bien suyo– más allá, su mirada cargada de la curiosidad del investigador apasionado que indaga más profundo que las superficies, más hondo que la sabiduría convencional, esa búsqueda que desborda con libertad los horizontes acotados e inmóviles. Todavía puedo sentir la emoción de su discurso inolvidable en el Solís al recibir el premio, con las marcas bien visibles de la enfermedad, con su gallardía para enfrentarlas, con su voz quebrada pero no vencida, con su decir y su pensar inigualables.

¿Qué decir hoy sobre sus atributos intelectuales, su inmensa obra, su probidad, su humildad, su bonhomía sin par? Necesito decir bien fuerte que sabía escuchar como nadie. Y eso, que pudimos confirmar siempre, en las reuniones sociales o en los seminarios, en las clases como en las reuniones de trabajo, lo hacía el más sabio, el mejor. Desde esa condi-

ción tan singular fue que logró encarnar como nadie en sus clases lo que siempre defendió como ideal de articulación necesaria entre la docencia y la investigación. Quienes fuimos sus alumnos o quienes lo pudimos escuchar como tales sabemos bien que hablaba de lo que pensaba y de lo que hacía: “Para quien enseña –decía en uno de los últimos reportajes que se le hicieran- investigar es muy importante, porque ahí entendés lo frágil que es tu conocimiento, lo vulnerable, lo difícil que es lograrlo, y el contacto con los alumnos se dulcifica. Vos no das un conjunto de dogmas, de saberes inalterables. Entonces no sólo sos más humilde sino que le das a entender al otro que el conocimiento que le estás transmitiendo se reestructura permanentemente. Transmitir eso a veces es más importante que transmitir verdades”.

No es hora de recorrer su obra monumental. La congoja no lo permite pero tampoco resulta hoy imperioso. Su obra seguirá entre nosotros como una suscitación permanente, para los jóvenes investigadores, para los nuevos historiadores, para sus lectores, para todos quienes se animen a participar en “*ese juego de espejos*” que es y será la lectura de sus textos. Allí lo podremos reencontrar y al hacerlo, con seguridad nos encontraremos a nosotros mismos, tras una idea, tras las huellas de una “*sensibilidad*”, tras la búsqueda del “alma de los acontecimientos” sin cuyo registro no hay Historia genuina. En sus libros y en su magisterio con seguridad anidan historias por venir, la semilla de muchas investigaciones que nos esperan. Pero para recoger ese legado habrá que recobrar una y otra vez el coraje de José Pedro para siempre aceptar un desafío nuevo, una investigación fascinante a emprender hacia adelante, vivida como aventura intelectual pero también –irremediamente- como compromiso personal. Fue esa pasión por el oficio y su sabiduría para articularlo con la vida, el secreto que le permitió llegar con sus libros a los lectores y a los lugares más inesperados. Ningún otro historiador en la historia nacional lo logró como él.

Amaba a su país. Le gustaba el Uruguay, cada vez más, cada vez más hondamente, en forma más crítica y a la vez más incondicional. Para transitar sobre el reto de los grandes temas universales le resultaba indispensable recorrer las historias uruguayas, para concretar los “asuntos” de fondo con muchos documentos y muchas preguntas. Desde ese amor y esa identificación con el Uruguay fue que siempre construyó la base ética de sus compromisos públicos. Recuerdo sus bromas sobre la Argentina, su exquisito sentido del humor, ácido y compasivo, severísimo con los poderosos.

Desconfiaba de las abstracciones que no encarnaban en la peripecia concreta de los hombres y de las mujeres. En ese sentido, su laboratorio para pensar fue siempre la historia uruguaya. Por supuesto que pudo hacerlo con toda una maravillosa caja de herramientas en la que habitaban muchas disciplinas y saberes, muchas lecturas muy diversas, también mucha música, mucha literatura y mucho arte. Pero sólo desde la persuasión del hablar de historias de carne y hueso, que narraba como nadie, podía enlazar con los grandes desafíos de la contemporaneidad y de la universalidad. Radicado así en la historia uruguaya, en especial desde su mirada profunda sobre ese “largo Novecientos” y su espejo de contemporaneidad, es que sus indagatorias concluyeron necesariamente en interpelaciones muy cercanas a sus lectores y a sus alumnos. Su último libro, *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del 900*, culmina de esta forma en un capítulo titulado “Impresiones. La nueva moral privada del Novecientos y la actual”, en el que con gran destreza y persuasión José Pedro logra transferir al lector la visión de las “convivencias” y de los “triumfos” que pueden registrarse mejor en nuestras vidas al reflexionar en clave especular entre el pasado y el presente.

En ese sentido, fue un maestro inigualable en el oficio del historiador. Desde su rigor y brillantez, desde su magnífica escritura que podía transmitir ideas complejas sin herir al idioma y sin excluir al lector no especializado, pudo trascender fronteras y obtener reconocimiento internacional sin nunca habérselo propuesto. Como lector muy actualizado de la historiografía universal contemporánea, promovió los nuevos temas, las nuevas fuentes, la suscitación de la memoria, la agudeza por escuchar la voz de los silenciados, pugnó por hacer visibles a los invisibles, perfiló nuevos territorios a explorar junto con novedosas tramas explicativas. Con el apego de siempre a la pasión por el documento, pero también desde preguntas cargadas de aperturas y exploraciones propias de los desarrollos de la academia y de la sociedad contemporáneas, sus libros, constituyeron auténticos fenómenos sociales, que trascendieron el oficio para volverse en sí mismos “acontecimientos culturales”, reveladores de lo que por estos tiempos más recientes le “estaba pasando” y le “está pasando” al país.

Tras hurgar en torno a los laberintos del poder y la libertad, entre los contornos y las fronteras siempre porosas y lábiles de “lo público” y “lo privado”, José Pedro Barrán no dejó de sorprendernos ni de sorprenderse: como si recién empezara, en las últimas dos décadas impulsó investigaciones obsesivamente rigurosas y abiertas, con la búsqueda apasionada, como él mismo señalara, orientada a “aguzar el oído para escuchar

qué dicen los silencios y los silenciados” y en encontrar desde el rigor del oficio las mejores formas “para que al historiador no se le escape lo que sucede a escondidas”. Fue así que con los “ojos bien abiertos” pero como si fuera un proceso “casi natural” en su peripecia intelectual y personal, José Pedro focalizó sus estudios e investigaciones sobre los temas del poder y de la libertad, acompañado casi naturalmente por una actitud de desconfianza visceral hacia el primero, cualquiera este fuera o por quien quiera que fuera detentado. Esta preocupación nada casual y plenamente conciente atravesó su obra como una clave decisiva y ello derivó tanto de su manera de concebir la disciplina, como de sus ineludibles convicciones cívicas de neto signo democrático. Fue así que en sus obras siempre aparece la mirada rigurosa sobre el poder, fuera del Estado, de los estancieros, del Imperio Británico, de los que de un modo u otro intentan determinar o disciplinar la vida privada, de los médicos, de la Iglesia, de todos los dominadores, visibles o invisibles. Por otra parte, fue esa misma preocupación intensa que lo llevó a bucear en la búsqueda de los transgresores, de los rebeldes, de quienes no se arredran frente al poderoso, de los débiles, como surge en forma por demás reiterada en el diseño mismo de sus obras.

Por eso no termina de comprenderse acabadamente esta obsesión de José Pedro Barrán por investigar sobre el poder en cualquiera de sus formas, así como su forma de concebir y cumplir con su rol como ciudadano, sin registrar la contracara de su profundo compromiso intelectual y personal por la libertad. En un texto reciente titulado “Reflexiones sobre lo contemporáneo desde la Historia”, el propio José Pedro se encargaba de decirlo de manera ejemplar: “Nada debe impedir la realización plena del individuo. Cuidado con las militancias, sean de izquierda o de derecha, políticas o religiosas, cuando pretenden regir el mundo de lo privado. (...) Pero miremos los hechos desde otro ángulo posible, pues el oficio de la historia siempre lleva a una certeza: sólo la diversidad de los enfoques permite aproximarse a lo real, y si ello conduce a la incertidumbre mejor, pues de esa manera atisbaremos las complejas y contradictorias posibilidades de desarrollo que encierra todo presente. Las liberaciones del individuo, su cuerpo y sus placeres –que tampoco son absolutas por cierto- nutren el orden establecido y la civilización hedonística del consumo probablemente en la misma medida, los conmueven y distorsionan. Estas liberaciones, que no son inocentes, también pueden fomentar el cuestionamiento del sistema. Las libertades suelen convertirse en las pesadillas del poder, y éstas equivalen siempre a los sueños del hombre común. Dejo a la inteligencia del lector imaginar cómo de los placeres podría nacer un mundo nuevo”

Su búsqueda final de la interioridad más profunda se orientó hacia una indagación radical en torno al “amor pasión”, que él emblematicaba en la ópera wagneriana “*Tristán e Isolda*”, particularmente en su Acto II. En ese afán que lo acompañó hasta sus últimos días, el año pasado pudo sorprendernos una vez más con la publicación de *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*, tal vez su obra más autobiográfica, aquella en la que escribió más en primera persona, con un maravilloso telón de fondo literario y musical, en que se combinaron como en una fiesta del espíritu Wagner, Flaubert, Bellán, Pavese, DUBY, Tolstoi, Ibsen, entre tantos otros. Como siempre hacíamos, sus amigos presentamos este nuevo libro como el “penúltimo”, como anticipo del próximo que tanto esperaríamos. Así lo hacíamos de corazón abierto, no sólo para exorcizar las acechanzas de la muerte, sino porque sabíamos muy bien que José Pedro tenía muchos más libros que darnos, que su mente y su sensibilidad estaban en un momento extraordinario y que su sabiduría y su conocimiento sobre el alma humana habían llegado a fronteras muy singulares. Creo en verdad que él también lo “*atisbaba*”, por eso su melancolía del final. Quería vivir, anhelaba continuar la aventura, las energías del investigador no sólo estaban intactas sino que se encontraban en su mejor momento.

Barrán comenzó su último libro con una intersección que calificaba como un “recuerdo personal y (como una) representación de lo colectivo”: “A veces me pregunto como fue posible que en el momento en que mi intimidad era más densa y reclamante haya escrito sólo historia de lo público, de lo macro, de lo económico, lo social y lo político. Y por qué cuando mi vida personal se estabilizó y logró cierto tipo de acuerdo resignado con la realidad, comencé a escribir otro tipo de Historia, preocupada por las mentalidades de los sujetos concretos de carne y hueso que la protagonizaban. (...) De seguro, la explicación de estos aparentes o reales desfases, se halla tanto en el “afuera” como en mí”.

Desde una escritura en la que dejaba el resto, en la que no se guardaba nada, José Pedro podía unir a continuación un texto de Césare Pavese, *La luna y las fogatas*, en la que encontraba las huellas de la aflicción por “tantos años vividos, tantas memorias, desaparecidos (...) en una noche sin dejar rastro”, con la música amada de “Tristán e Isolda”, convertida de pronto en un “recuerdo obsesión” identificado entrañablemente con su vida. Desde ese sentimiento tan íntimo y desafiante podía confesar, casi en lenguaje cifrado, los rumbos de su angustia. “Yo no podía hacer (literatura como Pavese), pero sí intentar transformar mi intimidad en parte de mi oficio de historiador, en usarla como documen-

to, ... ¿y así vencer al olvido? Me resultaba casi insoportable que uno de mis recuerdos, ¿u obsesiones?, desapareciera “sin dejar rastro”, ese que bien podía ser el hilo conductor de todas las etapas de mi vida. (...) El objetivo final al redactar y comunicar este recuerdo, mi relación con el drama musical de Richard Wagner, “Tristán e Isolda”, (...) fue evitar que desapareciera sin dejar ningún rastro ese recuerdo y la pasión con que lo he vivido y vuelto a vivir cada vez que lo oigo como sonido y lo veo como representación en un teatro. (...) A veces llego al absurdo de pensar –pero como lo pienso lo diré, pues ese absurdo da cuenta de la densidad de mi obsesión- que me es insoportable la muerte de ese recuerdo, pues no puedo admitir que con él se vaya para siempre la pasión con que lo he vivido y revivido, como si temiera que el Tristán mismo se empobreciera al borrar el registro de las veces que lo he oído (tantas que no las puedo precisar) y visto en la escena”.

No nos engañamos. En muchos sentidos su pérdida es irreparable. No sólo se nos va el gran historiador, el intelectual brillante, el maestro admirado y amado. Se va un entrañable ser humano, un amigo irrepetible, un maestro en el oficio pero sobre todo en la vida, un ser maravilloso, con atributos y cualidades personales increíbles. Ni que decir que lo vamos a extrañar, cada día. Pero su legado, su “amor pasión” seguirá rondando por su Uruguay, al que amó y al que dio tanto. Seguirá viviendo entre sus amigos, sus alumnos, sus lectores. Su vida ha sido plena, su larga aventura se ha cumplido a cabalidad, su peripecia se ha forjado de manera absoluta. Su legado “vencerá al olvido”, no morirá el recuerdo y la fuerza inspiradora de sus afanes, su amor pasión, como en la música de su amada “Tristán e Isolda”, nos seguirá rondando, por siempre.